

Juvenal Hernández (1)

La cooperación intelectual

En los albores de la Humanidad, el Hombre, enfrentándose con los enigmas del Universo, tuvo, a fin de cimentar su triunfo como especie y como célula del grupo social, que buscar explicaciones primero, e intentar soluciones después, para los diversos aspectos del milagro cósmico que lo rodeaba.

La experiencia recogida en este afán del intelecto, es lógico suponer que se transmitió de generación en generación por medio de la enseñanza de los más hábiles. Y fué éste, seguramente, el punto de partida de la vida educacional y de la cooperación intelectual. Profetas, en ciertas categorías raciales; caudillos iniciados en el enigma de las teocracias, en otras; reyes por derecho divino, donde el instinto colectivo conversaba con las verdades absolutas a través del misticismo de sus héroes; faraones en Egipto; brahmanes de la India; sacerdotes en Israel; filósofos y pensadores en Grecia; juristas y profesores de elocuencia en Roma, los conductores de la Humanidad, maestros a través del tiempo y la distancia, estrechan sus espíritus en un mismo anhelo de sabiduría y perfección.

Noble tarea la suya, que los siglos han imitado sin solución de continuidad aun en medio de sus más grandes dificultades. . . . Recordar esta marcha ascendente de la cultura es recordar las mejores páginas que la inquietud del sér humano ha trazado en el cumplimiento de su propio destino.

(1) Discurso pronunciado, en su calidad de Presidente de la Comisión Chilena de Cooperación Intelectual, en el 10.º aniversario de la fundación de ésta (29 de Agosto de 1940.)

Deshecho el Imperio Romano, Europa principia a vivir un nuevo período de su cultura. Diríase que una noche de nieblas espesas la envuelve en su manto. El Medio - Evo contempla la colisión de tres elementos contradictorios que tratan de imponer sus normas esenciales: el paganismo cesáreo, el cristianismo democrático y la fuerza irresistible de las hordas que desde el Norte y desde el fondo de las estepas de Oriente avanzan a pelearse los girones de un poderío varias veces secular.

En esta lucha de sangre la cultura amenazada tiene que buscar refugio ante la inminencia de su ruina. En la paz y sosiego de los conventos el espíritu acongojado de los maestros oculta, en viejos rollos, los papiros donde la sabiduría y la belleza clásica fueron acumulando sus tesoros. Las ciencias humanas y divinas trabajarán así, en la oscuridad, al amparo de los escolastas, la etapa augural del Renacimiento.

En los siglos doce y trece se forman las primeras Universidades, y un fulgor de albas supremas tiñe los horizontes de la cultura occidental. Petrarca ha dicho ya sus cantos a Laura, y Dante ha cumplido su periplo majestuoso en busca de la sombra de Beatriz.

Detengámonos ahora en lo que a nosotros nos corresponde.

Al iniciarse la Edad Media ocurren en Iberia acontecimientos memorables. El Imperio Morisco que se extiende a lo largo de las costas de Africa se lanza sobre Europa por el camino de España. Rechazada la invasión por el lado de Francia, los musulmanes quedan encerrados en el trapecio hispano, en donde fundarán un ciclo cultural que es asombro de pueblos. Gracias a los árabes se estudia en Europa la medicina como una ciencia normativa y experimental, y el álgebra abre posibilidades infinitas al estudio de las matemáticas superiores.

Por eso cuando llega a España el Humanismo Renacentista, aunque retrasado con respecto a otros países de Europa, la categoría filosófica de sus exponentes fué de firmeza y valor extraordinarios. «A pesar de la general indiferencia hacia la filosofía española del siglo XVI — dice un escritor americano — puede decirse que ella ha cimentado más sistemática, más científicamente que ninguna el espíritu crítico del Renacimiento; por no ser divulgadora sino teorizadora nunca penetró en el público; pero inspiró acaso a Descartes y aún a Kant.»

En el siglo XVI España estaba, pues, en pleno florecimiento espiritual y los tercios que llegaron hasta aquí en busca de nuevas tierras para la corona de Castilla traen en sí el instinto de una época superior, paralelo al que más tarde, en tiempos de Bonaparte, llevarían las tropas francesas en sus marchas por sobre las fronteras de la Europa culta, donde desparramarían en cantos, dichos y frases el espíritu invencible de la Revolución de 1789.

La incubación revolucionaria dentro del imperio colonial que formaron nuestros pueblos se hizo en forma tan rápida que casi resulta simultánea desde Caracas hasta Buenos Aires; y antes de una decena de años, las naciones indo - españolas se incorporan como entidades libres, sujetos de derecho, en el concierto del mundo civilizado. Pero si bajo la aparente inercia de las razas autóctonas, que mezcladas con el poderoso elemento blanco que les había incorporado la conquista, no hubiese existido un clima cultural suficiente, la independencia de América habría sido imposible.

«Natura non fecit saltus», dice un viejo aforismo, y lo mismo puede decirse de las leyes profundas que rigen los fenómenos sociológicos: la historia no realiza acrobacias inexplicables. La rapidez espontánea de la independencia de América no tiene paralelo en la historia. Su explicación está, tal vez, en que ella se engendró con savias espirituales de la misma Europa. Lo que en el Viejo Mundo fué cultura de las ideas, en la tierra descubierta por Colón trocóse en cultura de los sentimientos; la flor de belleza que cultivara Occidente fué en nosotros doctrina de dignidad humana.

Os pido perdón, señores, por esta digresión; pero he tratado de demostrar malamente en ella, ya que estoy obligado a expresar mi pensamiento en unas cuantas páginas, que la historia del mundo toda es la historia de la cultura, y que la cooperación de los espíritus, que franquea los límites de un país o de una raza, no es una cosa nueva.

Los pueblos, como los hombres, no lo producen ni lo pueden todo. La perfección no brota sino del conjunto, de la comunidad. Es cierto que sociedades que permanecieron olvidadas durante siglos se asomaron a la inmortalidad con sólo la aparición de un libro o de alguna obra de arte; pero no es menos cierto que las más grandes victorias de la Humanidad se han conseguido por efecto de la cooperación intelectual.

En la filosofía escolástica colaboraron pensadores italianos, franceses, alemanes y españoles; el arte medioeval se enriquece por el constante intercambio de fuerzas que vienen de todos los puntos cardinales; el movimiento humanístico no conoció las barreras de la intolerancia política, y en los últimos tiempos la ciencia progresa de manera vertiginosa por el aporte constante y amigable de todos los países.

El siglo pasado agregó elementos importantísimos a las posibilidades de la cooperación intelectual, puesto que hizo desaparecer casi todas las dificultades materiales para un contacto estrecho y verdadero entre los hombres y los pueblos. Podemos cruzar los continentes en un solo día y podemos escuchar a la otra mitad del globo terrestre por el solo contacto de un botón.

Por eso ha adquirido la cooperación una importancia definitiva en nuestro tiempo, como el mejor medio de estimular el progreso y de llevar a los pueblos hacia la suprema aspiración de un mayor bien humano. El conocimiento de la verdad sobre las cosas y las ideas de cada hombre y de cada pueblo descubre en los corazones las virtudes más asombrosas, y entre los que vivieron separados por vallas infranqueables de prejuicio, de rencor y odio de muerte se abre como un nimbo de luz que les permite ver el tesoro de sus más hondas afinidades.

De aquí que la Sociedad de las Naciones, cuya misión fundamental es la organización de la paz, no haya podido prescindir de la cooperación intelectual internacional para la realización de sus altas finalidades, y que los organismos creados con este objeto subsistan en todo su vigor, a pesar de la tragedia que vive el mundo, como un signo de protesta del espíritu contra la guerra de matanza y aniquilamiento, bajo cuyos escombros han de renacer, seguramente, los nuevos odios destinados a renovar las guerras del futuro. Porque la guerra ahonda y ensancha las diferencias entre las razas y las naciones, alejando cada vez más el ansiado día de la fraternidad universal.

La cooperación intelectual muestra, en cambio, un solo camino: el de la verdad, que conduce a la armonía de los pueblos para desplegar en ella sus lentas y progresivas conquistas. Ella es la única que encierra el secreto de la paz en las conciencias individuales como en las sociedades, la unificación de los intereses materiales y de las aspiraciones morales, la única que hace posible la igualdad y la justicia social.

El 16 de Julio del año en curso cumplió diez años de existencia la Comisión Chilena de Cooperación Intelectual. Debido a circunstancias políticas, que no es del caso recordar en este momento, sus primeros años fueron sólo de ensayo y sus trabajos se limitaron a informar y a contestar los cuestionarios de los organismos de la Liga de las Naciones y del Instituto de París. Pero a fines del año 1936, la Universidad de Chile, con el apoyo de los Ministerios de Educación y de Relaciones Exteriores, dió nuevo impulso a la Comisión, reorganizándola: precisó con exactitud sus fines y amplió el número de sus miembros de manera que estuvieran representadas en ellas todas las ramas de la cultura nacional.

Inspirada en los mismos principios que el Instituto de Cooperación Intelectual de París, nuestra Comisión pretende elaborar edificando espiritualmente en la conciencia de veintiún pueblos hermanos; procura despejar de malezas los caminos del entendimiento recíproco, trazar las bases para la educación de los niños en un concepto americanista, levantar en todas partes monumentos que señalen a las generaciones futuras el acervo común de la raza, y avanzar en un mismo plano de civilización, con un concepto propio de la cultura, que nos haga amar la justicia y afirmar el imperio definitivo de la paz.

Nuestros países, agitados de continuo por fiebres intermitentes de predominio personal o colectivo, apenas han podido consagrar algunos períodos de reposo a la labor reparadora de la cultura o de la riqueza — fundamentos únicos de la verdadera libertad — y así se explica su tradicional aislamiento de hasta hace poco, tan fecundo en desconfianzas y rivalidades estériles. Estimuladas por su ilustre modelo de París, las Comisiones Nacionales de Cooperación Intelectual estudian en la naturaleza y en la vida social de cada país las leyes originarias de la vida en su desarrollo y expansión futura para tratar de hacerlas más propicias al bienestar común. Sus instrumentos de observación de la tierra, el cielo y el hombre; los esfuerzos personales de sus maestros, escritores y pensadores puestos al servicio de la investigación, y la experiencia de esos mismos elementos, han de conducirnos a la creación de una ciencia y de una cultura nuestra, que no por ser tal será menos universal y humana.

La labor realizada por nuestra Comisión ha sido tan vasta que sería imposible resumirla en esta ocasión, ni aún limitán-

dose a la mera enunciación de los títulos. Ella ha sido dada a conocer en Chile y en el extranjero mediante la prensa, el libro, el folleto o la conferencia.

Con todo, puedo afirmar que nos sentimos satisfechos del esfuerzo realizado, y que el décimo aniversario de nuestra Comisión nos sorprende precisamente en el momento en que hemos logrado crear en los países del Continente una viva inquietud por acercarse, compenetrarse y sentir a veces sus palpitaciones más tenues, como si empezaran a convencerse al fin de que lo que les falta en simpatía es falta sólo de conocimiento.

Señores miembros de la Comisión Chilena de Cooperación Intelectual: con motivo de este aniversario, reunidos aquí bajo la advocación de Ariel, bajo la hegemonía de nuestro propio idealismo, reanudemos nuestra fe en la cooperación de las inteligencias, de las voluntades y las almas.

Nada importa que el mundo gima bajo la presión de las armas. La guerra es en la estática de la vida universal un desequilibrio en la armonía de las cosas, pero es también una sanción terrible de los errores pasados. Las catástrofes causan pérdidas dolorosas de vidas e intereses, pero el progreso va afirmándose sobre esas lecciones sangrientas y sucesivas.

Porque hay, señores, una ley anterior a todos los hechos humanos. Es la ley de la vida misma, que nunca pierde su imperio, ni interrumpe su camino, ni altera su ritmo renovador. Por las cenizas del incendio alumbra siempre una llama desconocida que aprovecha a las generaciones venideras.

Francisco Walker Linares (1)

La cooperación intelectual

Hace diez años, en 1930, se me confió en Europa la misión, un tanto difícil, de fundar en Chile una Comisión Nacional de Cooperación Intelectual, que fuera filial de la Organización que con tal objeto creara la Sociedad de las Naciones. A fin de dar cumplimiento a mi encargo, me dirigí a don Armando Quezada Acharán, entonces Rector de la Universidad de Chile, mi antiguo y respetado maestro, espíritu finísimo, de cultura universal, quien, durante su permanencia en París como Ministro de Chile, y en sus viajes a Ginebra, como delegado ante la Liga, había conocido de cerca la obra de la cooperación intelectual. El señor Quezada, con una profética visión de las proyecciones futuras de un centro coordinador de las fuerzas culturales del país, aceptó con vivo interés la idea, algo novedosa para Chile, y que en general había sido recibida con irónico escepticismo en diversos ambientes. La Comisión se constituyó el 16 de Julio de 1930, en la Universidad de Chile: el señor Quezada fué designado Presidente, y entre sus miembros figuraron representantes de la enseñanza, de las letras, de las ciencias, de las artes, y del periodismo. Don Juan Antonio Iribarren, actual Ministro de Educación, fué uno de sus fundadores. Debemos pues, en el décimo aniversario de la Comisión, rendir un sentido homenaje de reconocimiento a la memoria de don Armando Quezada Acharán, ilustre fundador de la coope-

(1) Discurso pronunciado en la misma ocasión del precedente, en su carácter de Secretario General de la Comisión.

ración intelectual en Chile, e iniciador de esta institución fecunda, que en los diez años que lleva de vida, no sólo ha llegado a ser el departamento centralizador de la cultura nacional, sino que ha traspasado las fronteras del país, sirviendo de modelo a otras comisiones nacionales, y recibiendo elogios de los organismos de París y de Ginebra, los que señalaron a Santiago como sede de la Primera Conferencia Americana de Cooperación Intelectual.

Acontecimientos políticos posteriores a 1930, impidieron a la nueva Comisión desarrollar una existencia activa, pero siempre mantuvo vinculaciones con el extranjero, informando sobre la cultura chilena y respondiendo a numerosos cuestionarios. En 1935 trazó un amplio plan de labores, bajo la presidencia de don Juvenal Hernández, su animador entusiasta; en Enero de 1936, organizó la primera Exposición de Arte Popular realizada en Chile; ese mismo año se le imprimió el impulso vigoroso que dió a la Comisión su actual dinamismo; a ello han contribuido eficazmente una mujer emprendedora, de acendrado americanismo, doña Amanda Labarca, Presidente del Comité Ejecutivo, y el laborioso pro - secretario, el escritor don José Santos González Vera.

La cooperación intelectual es, por su propia naturaleza, internacional a la vez que nacional; su finalidad generosa, tendiente a hacer de la cultura un patrimonio de la humanidad, no es incompatible con su misión de exaltar los valores espirituales locales, a los que desea precisamente dar a conocer más allá de sus fronteras de origen. En la República de las letras diríase que hay una especie de federación: la cultura es universal y humana, pero conviven en sus dominios sectores continentales y nacionales; de esta manera, dentro de ella la cultura latino-americana forma un sector importante, que se perfila con contornos definidos, y en el jardín espiritual la flor del pensamiento de nuestra América despide un perfume fragante. La cooperación intelectual constituye una necesidad para el mundo, siendo un elemento esencial en la conservación de la paz; si se desconoce el concepto de la unidad y universalidad de la cultura, fatalmente se llega a las teorías imperialistas más peligrosas y agresivas; la tragedia que hoy ensangrienta al orbe, y que hace peligrar los fundamentos mismos de la civilización, débese primordialmente al desconocimiento del principio de la cooperación intelectual. La Sociedad de las Naciones tuvo mucha razón cuando fundó en 1920, su Organización de Coo-

peración Intelectual, considerando que el acercamiento de los espíritus sería el mejor medio de afianzar la paz, mediante la creación de una conciencia universal. El Gobierno de Francia puso a disposición de la nueva entidad una gran parte del hermoso y elegante edificio del Palais Royal de París, y sufragó una elevada cuota de sus gastos. Francia fué en ello fiel a su tradición humanista, y París, centro mundial de la libre expresión del pensamiento, debía ser sin duda la ciudad a quien correspondiera albergar a un organismo tan de acuerdo con el alma luminosa de la metrópoli amable y acogedora. En un aniversario de cooperación intelectual como el presente, es preciso, por lo tanto, que dediquemos un recuerdo a la Francia que sufre, a sus escritores y artistas, a quienes tanto debemos y que hoy se encuentran en situación angustiosa. Recordemos también a París, antes bullicioso y alegre, y ahora triste, solitario y humillado; esperemos que su espíritu inmortal vuelva pronto a brillar, por cuanto la Francia y París son necesarios para la vida cultural del mundo y en especial para la de la América Latina.

La labor del Instituto de París en favor de la cultura y de la protección de los trabajadores intelectuales, debe ser calificada de magnífica; en su acción lo ayudan eficazmente 48 comisiones nacionales de cooperación intelectual, que son sus ramificaciones en distintos continentes; trece de estas comisiones funcionan en países americanos. Conferencias internacionales o regionales estimulan sus esfuerzos; entre ellas, merecen citarse las reuniones culturales de la Exposición de París de 1937, que fué también la Exposición del pensamiento humano, y la Conferencia de Santiago de Chile, de Enero de 1939, a la que concurrieron personalidades de toda América. El Instituto de París vela por el amparo de los derechos de autor, se ocupa de los problemas sociales que afectan a los intelectuales, del arte popular, de los museos, de las traducciones, del intercambio universitario, de la organización de la enseñanza en todos sus grados, de la orientación del estudio de la historia en un sentido pacifista, del cinematógrafo, de la prensa y de la radiodifusión como instrumentos de acercamiento, de los altos estudios internacionales, para los cuales cuenta con un instituto propio. Ha llamado la atención la feliz y original iniciativa de sus «entretiens», o conversaciones de intercambio espiritual, en que han participado escritores de varias nacionalidades, como Paul Valéry, tal vez su princi-

pal animador, Jules Romains, Georges Duhamel, Jacques Maritain, Tomas Mann, Stephan Zweig, Emil Ludwig, Aldous Huxley, Salvador de Madariaga, Alfonso Reyes, Carlos Reyles, Alcides Arguedas y Gabriela Mistral, entre los latino-americanos. En los diez «entretiens» efectuados desde 1932 hasta 1939, se ha disertado sobre temas de actualidad, a saber: la personalidad universal de Goethe, el porvenir de la cultura y del espíritu europeo, el arte y la realidad y el estado, la formación del hombre moderno, hacia un nuevo humanismo, el destino próximo de las letras, nuevas teorías de la física, y estudiantes en busca de la universidad. En Buenos Aires, en 1936, se celebró un «entretien» que se dedicó a las relaciones intelectuales entre Europa y América Latina, y en Santiago de Chile tuvo lugar otro en 1939, referente a la misión que corresponde a América en el plano intelectual como factor de la paz. En los debates y comunicaciones de los «entretiens» de Europa, nótase en los escritores participantes un estado de ánimo angustioso frente al negro porvenir de la libre cultura, y ante la proximidad de un cataclismo que destruya los valores espirituales y que arruine la civilización occidental, fruto del humanismo greco-latino; la lectura de los volúmenes que recopilan los textos de aquellas conversaciones, tienen hoy día una dolorosa actualidad, pues nos muestran la inquietud desesperada de esos hombres de letras que veían venir la guerra sobre un mundo que bien merecía ser conservado por los grandes tesoros culturales que guardaba.

El Instituto de París ha trabajado para divulgar en Europa la producción intelectual de nuestro continente, editando en francés una colección de obras representativas ibero-americanas; han aparecido ya doce volúmenes, dos de ellos de Chile, una antología de historiadores chilenos, y una selección del folklore chileno, este último prologado por Gabriela Mistral. Entre los otros tomos publicados, citaremos Tradiciones Peruanas, de don Ricardo Palma, Teatro Escogido, de Florencio Sánchez, América, de José Martí, Facundo, de Sarmiento, Ensayos de Hostos, Don Casmurro, de Machado de Assis, Páginas Escogidas, de Joaquín Nabuco.

La guerra ha paralizado bruscamente la labor admirable de comunidad espiritual que desde París y Ginebra realizaba en todo el mundo la Cooperación Intelectual Internacional; pero el esfuerzo fructífero de tantos años no puede perderse; América es quien va a conservarlo; ella que es la hija espiritual

de la vieja Europa, hoy desgarrada, tiene la misión de guardar para la humanidad el sagrado depósito cultural. El escritor francés Duhamel, previendo este destino de América, ya había dicho hace algunos años: «Si el espíritu de la civilización fuera alguna vez arrojado de la Europa natal, sabemos que encontraría en el nuevo mundo sus refugios, sus templos, sus laboratorios. Creemos tener la seguridad de que, a lo menos en ese lado del globo, el fuego sagrado sería alimentado, honrado y protegido contra las tempestades.» Trabajemos para que la América unida, espiritualmente federada, pueda decirle a la Madre Europa, cuando llegue el día bendito en que vuelva a reinar la paz, que le ofrece, aún más rico que antes, el tesoro de la civilización que ella le legara. A pesar del dolor del mundo, tengamos fe y esperanza en el porvenir de la humanidad; la cultura no perecerá, y ella impondrá con su fuerza moral, la implantación de una paz duradera basada en la fraternidad humana, en la libre expresión del pensamiento y en la comunidad de los valores espirituales; de esta manera será una realidad la Sociedad de los Espíritus de que hablaba Paul Valery, o sea el reinado sobre el mundo de una apacible cooperación intelectual.